

2135

ADMINISTRACION

lirico-dramática de los hijos de Eduardo Hidalgo

CIRCULAR AMOROSA

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

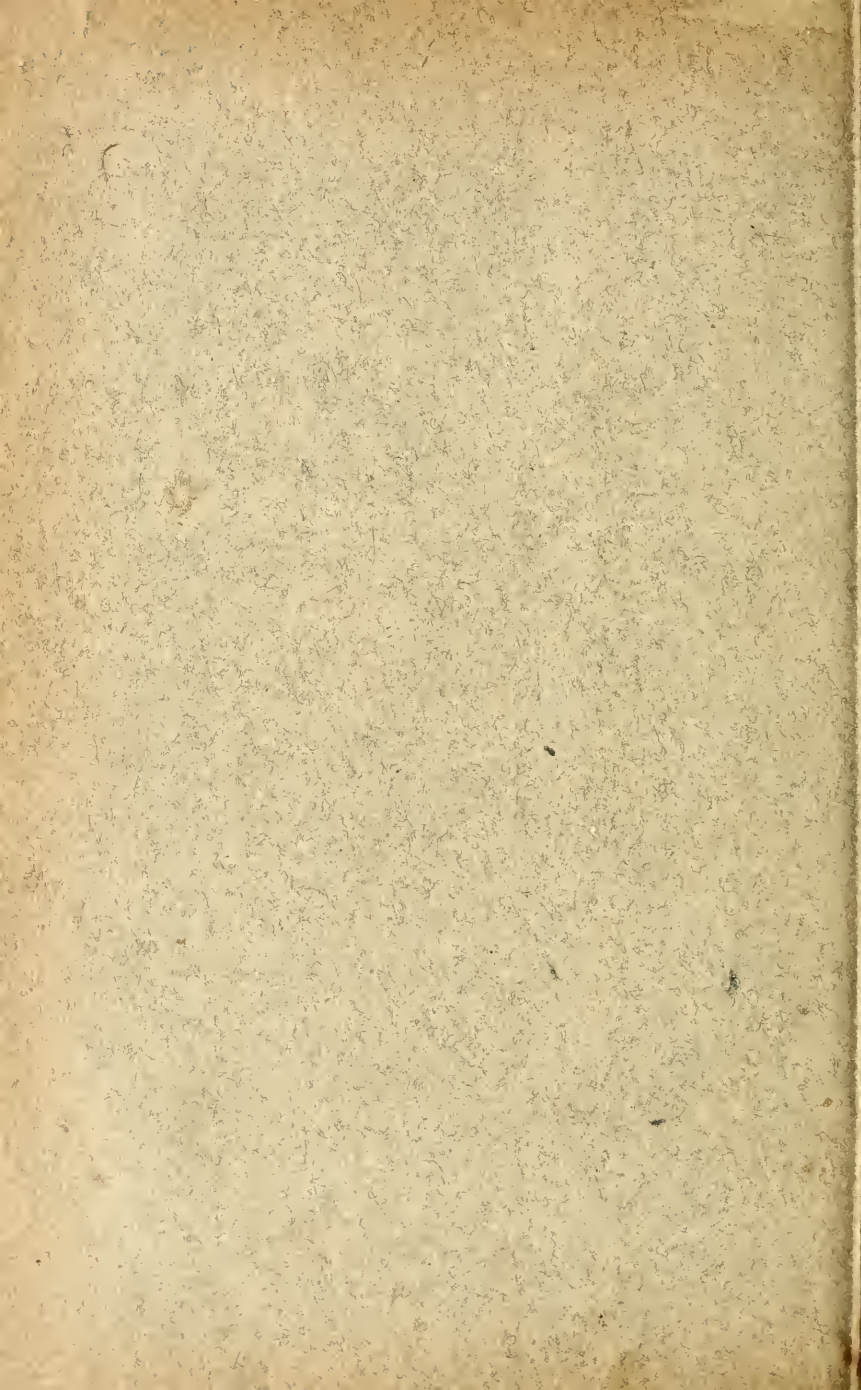
ORIGINAL DE

Obdulio Castel del Valle

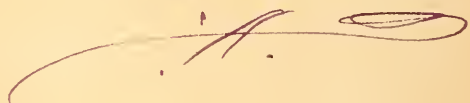
Estrenado con extraordinario éxito
en el Nuevo Teatro de MARAVILLAS la noche del 13 Septiembre del 90



MADRID.—1896
MAYOR, NÚM. 16, ENTRESUELO



A mi amigo y distinguido
escritor Don Carlos
Leonar El Tutor.



Madrid 4. Enero 1897

CIRCULAR AMOROSA

Esta obra es propiedad de D.^a Beatriz López de Castro, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración lírico-dramática de los HIJOS DE DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

CIRCULAR AMOROSA

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

Obdulio Castel del Valle

Estrenado con extraordinario éxito
en el Nuevo teatro de MARAVILLAS la noche del 13 Septiembre del 9⁶



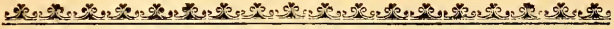
MADRID.—1896
IMPRESA DE J. CORRALES
Tesorero, 40

REPARTO

.....

PERSONAJES	ACTORES
Marquesa del Ala Caída.	Sra. Vargas.
Enriqueta.	García (Adela).
D. Leandro,	Sr. López Serrano.
Rosendo.	Gómez.
Narciso Bello.	San Martín.
D. Orlando.	Leiva.
Camarero.	X.
Huéspedes.	X. X.

La escena en un gran hotel.—Época actual.—Derecha é izquierda la del actor.



ACTO ÚNICO

La escena representa el salón de conversacion de un gran hotel, decoradolujosamente.—Puerta al foro, primer término derecha, y segundo, balcón.—Primer izquierda, cuarto de D. Leandro, con el núm. 1.—Segundo, balcón.—Velador con tapete, varias ilustraciones y periódicos; sofá á la derecha, aislado: cortinajes, sillas de tapicaria, mecedoras, butacas, macetas y alfombra.

ESCENA PRIMERA

Aparece **D. Leandro**

Nada, estoy decidido á casarme; pero á escape, y no tardo ni una hora en buscar una mujercita que me conven-ga. Y me digo yo: ¿cuáles son las con-diciones que debe tener? Muy joven, de ningún modo; porque, á mi edad... sería expuesto. Que sea de cuarenta años; sí, cuarenta; porque el hombre debe ser mayor, y así no la llevaré más que unos veinte. Que tenga fortu-na; no hay que pensar en otra cosa; porque, dada mi posición social, si yo llevo la comida, justo será que ella siquiera aporte para el desayuno... el almuerzo... y... la cena, ¿qué menos? Que sea fina; que toque el piano, por supuesto; dadas mis aficiones al tecleo

de toda mi vida. Elegante, de buena familia, y que se case enamorada de mi personilla; pero muy enamorada. Mañana... no, señor; hoy mismo empiezo á mirar á todas las mujeres y á hacerlas el oso. Yo debía estar casado hace años; pero mi padre me repetía constantemente: «Por tonterías y barbaridades que haga un hombre, siempre marcha; el día que se casa, descarrila para siempre.» Aquí, en el hotel, hay muchas mujeres guapas. La del 13, no es fea; pero no: el número del cuarto me predispone mal; porque yo soy muy supersticioso. La del 18, muy hermosa; tampoco me conviene; es viuda, y eso de entrar en comparaciones si uno es más ó menos cariñoso que el difunto, ¡de ningún modo! ¡Ah! ¡ah! la del 24, esa sí, solterona, acaudalada, con muchísimas fincas en Extremadura, discreta y de pocas exigencias.

ESCENA II

El mismo y **D. Rosendo** por el foro.

D. Ros. ¿Desea alguna cosa el Sr. D. Leandro?

D. LEAN. Lo que deseo no me lo puede usted dar, secretario distinguidísimo de este hotel.

D. Ros. ¡Y tan distinguidísimo! Usted es un hombre de gran talento, cuando ve en mi persona otra cosa que los demás no adivinan. ¡Ay! ¡Si me hubiese visto usted en otros tiempos!... ¡Qué tiempos, señor don Leandro!

D. LEAN. Pero ¿qué está usted diciendo?

D. ROS. Contesto á usted con todo respeto, agradezco de que me ha dicho distinguidísimo. Y como sólo una persona tan digna como usted es capaz de decirme esa frase, se la agradezco con toda mi alma. Yo he tenido en otros tiempos magníficos caballos de montar, coches forrados con ricas pieles, servidores que me respetaban sumisos; en fin, hablar á usted de mis desdichas sería molestarle.

D. LEAN. ¡Y tanto! (Aparte)

D. ROS. De la cumbre descendí al valle rápidamente.

D. LEAN. ¡Buen batacazo!

E. ROS. ¡Oh, cuánto padezco! ¡Oh, cuánto sufro viéndome aquí de triste Secretario, con treinta duros mensuales y la material comida!

D. LEAN. Ya me lo ha dicho usted cincuenta veces.

D. ROS. Yo le doy gracias por la atención con que me escucha.

D. LEAN. No; con la resignación que le oigo, dirá usted.

D. ROS. Lo mismo da. Siempre tendré un honor en que sean atendidas las quejas que usted me haga de faltas que puedan cometer los camareros.

D. LEAN. No siga usted; los pobres cumplen muy bien.

D. ROS. Es que al que á usted no le atiende le despidió en el acto ¿Tiene queja de alguno?

D. LEAN. No señor; estoy muy satisfecho de todos.

D. ROS. Me retiro; ya contaré á usted...

D. LEAN. Sí, otro día.

D. ROS. Ya sabe donde me encuentro á todas horas, en secretaria. Cuando deseé alguna cosa... En el momento que quiera usted.

D. LEAN. Sí; sí.

D. ROS. A sus órdenes. (*Mutis foro*)

D. LEAN. Por fin me ha dejado; ¡qué tipo! ¿Y qué debo hacer? Empezar mi plan de campaña para encontrar mujer, ahora mismo les escribo una carta amorosa á cada una de las que se hospedan en este hotel, sin firmar, y así no me comprometo. Pero es preciso que sepan que soy yo ¡ah!... concluiré diciendo les que llevaré una flor en el ojal de la levita, y de ese modo, si por casualidad dicen algo, yo resultaré inocente; una flor, se la puede poner cualquiera; así, extratejicamente, puedo probar fortuna. Decidido, me voy a mi cuarto á escribir. Después me paseo, por el hotel, y yo mismo, cuando nadie me vea, zás; se las largo por debajo de la puerta. Así no necesito de ningún criado que pueda comprometerme; y á más, cambiaré la letra. Manos á la obra, y á ejecutarla.

ESCENA III.

El mismo y la **Marquesa** del Ala Caida, por el foro.

MARQUE. Muy buenas, D. Leandro.

D. LEAN. A los pies de usted; señora Marquésa.

MARQUE. ¿Qué hace tan sólo?

D. LEAN. Meditaba sobre un asunto muy importante. Con permiso de usted me retiro.

MARQUE. Puede hacer lo que guste, caballero.

D. LEAN. Hasta después. (Mutis l.^a izquierda.)

MARQUE. ¡Qué hombre tan poco sociable! Pero ¿para qué pensar en ellos, si yo no he querido casarme? ¿Qué caprichos os son, y qué poco atentos? Yo, una señorita de mis antepasados, descendiente directa de los Barcias del Ala Caida, de aquellos que lo mismo tomaban parte activa en un torneo, que rompían lanzas de duro fresno en las batallas. Hoy contemplo á todos los hombres y no sé que me parecen con los trajes del día: ¡Porqué no nací yo en aquella época en que el que me hubiese hecho el amor, lo hubiera yo visto armado caballero, en traje de guerra, y acompañado de sus basallos! No puedo, lo reconozco, con las costumbres de ahora. ¡Yo debiera haber vivido en aquellos tiempos! Mas tengamos resignación; sólo me consuelo, leyendo mi ejecutoria de nobleza. ¡Qué tipos, Dios mío! tan bravos y caballerescos; ¡qué bien estaban aquellos en su sexo fuerte! Yo, la señorita Marquésa del Ala Caida, moriré soltera, antes que en lazarme á un jilguero, que me resultan los juvenes del día.

ESCENA IV

La misma, **Narciso**, después **D. Leandro**.

NARCISO. (Aparece por el foro con traje elegantísimo de paseo, dejando el sombrero y abrigo sobre una silla). A los pies de usted, señora Marquesa.

MARQUE. ¿Viene usted del paseo?

NARCISO. Sí, señora. ¡Qué hermosa tarde! ¡Qué lujo y que mujeres tan encantadoras!

MARQUE. Habla usted así, como apasionado, se ha dejado usted el corazón prendido.

NARCISO. No siga, señora Marquesa. Yo no me enamoro porque si de cualquier mujer. Necesito una de excepcionales dotes.

MARQUE. Vamos, con que tuviera un dotecito regular.

NARCISO. No hablo de dinero, usted no me ha comprendido; la deseo superior en elegancia, de superior posición social, de superior ilustración; en fin, he soñado una mujer superiorísima, que no encontraré seguramente.

MARQUE. No la encontrará usted tan superior, pero sí, un poquito, más inferior.

NARCISO. Es muy difícil; no porque yo me crea incapaz de inspirar una pasión; no soy un joven lleno de grandes encantos, pero no soy feo; estoy educado, hablo idiomas, conozco algo de música, canto regular y tengo la justificada pretensión de vestir á la última moda.

MARQUE. Y á más tiene usted la cualidad de ser muy modesto.

NARCISO. No me molesta esa frase, Marquesita.

MARQUE. ¡Ay! me llama en diminutivo. (Aparte.)

NARCISO. Yo estoy seguro que usted, una dama de alta distinción, no me repudiaría si yo...

MARQUE. (Cogiéndole fuertemente de una mano, le lleva á un extremo del escenario y le dice con romanticismo).

¡Basta, joven! ¿Usted sería capaz de batiarse por una mujer á quien amase?

NARCISO. ¡Veinte veces!

MARQUE. ¿Y de marchar á la guerra, hacer grandes heroicidades y volver lleno de honores á presentarse á la señora de sus ideales?

NARCISO. Esode ir á la guerra; no veo la necesidad.

MARQUE. ¡Me convenzo que no sois capaz de incorporaros á un ejército, de defender á su patria!

NARCISO. Iría... pero...

MARQUE. Si; iría usted de cantinera, como los jóvenes del día. (Soltando la mano con desprecio, mutis foro.)

NARCISO. No comprendo; esta señora tiene unas extravagancias... Voy á mi gabinete á cambiarme de traje, porque no hay más remedio que hecerlo tres veces en el día; de mañana, de paseo y *esmokín* ó *frac* por la noche, según es preciso. Me jugaría la cabeza á que á las chicas del banquero, Mendoza, las he impresionado. La mayor, cuando pasaba por su lado, se tapaba la cara con el abanico por no encontrarse con mi mirada; ¡pobre muchacha! como diciéndose: «No puedo más; evitaré el martirizarme no viéndole.» En fin, vamos

á embellecernos un poco. Por algo mi padre me puso Narciso; presentía los grandes triunfos amorosos de su hijo. No son pretensiones mías; las miro y las sugestiono.

D. LEAN. (Primera puerta izquierda, con un paquete de cartas, que esconde, al ver á Narciso). ¡Hola, Narcisito!

NARCISO. (Desde el foro). Pronto bajo, mi buen amigo, Don Leandro. (Mutis).

ESCENA V

Dichos: **D. Orlando y Enriqueta.**

D. LEAN. Ya tengo aquí las cartas; no pierdo tiempo; ahora mismo á dejarle á cada una la suya, sin que nadie me vea.
(Se dirige á la puerta foro y retrocede al ver á Don Orlando).

D. ORLA. (Entra precipitadamente y descompuesto). Salud.

D. LEAN. Muy bien venido.

D. ORLA. Vengo ardiendo; ¡pero ardiendo.

D. LEAN. ¿Por dónde?

D. ORLA. Que vengo furioso. Mire usted, señor Don Leandro; daría cualquier cosa porque alguien me faltara; hágame usted el favor de decirme alguna cosa que no me guste, para que me desahogue, dándole una bofetada.

D. LEAN. (Subiendo hasta el foro). Pronto soy con usted.
¡Qué genio! (Aparte).

D. ORLA. ¿Se marcha?

D. LEAN. Sí, señor; ¿quería usted algo?

D. ORLA. Nada; ¡pero nada absolutamente!

D. LEAN. Hasta luego. (Mutis).

D. ORLA. (Dando precipitados pasos por la escena.) ¡Muy bien!
¡muy bien! mi señora esposa. ¿Adónde

vas?—la pregunto.—«A Misa. (Fingiende la voz). Voy un rato al templo». Y efectivamente; allí estaba. Me oculto detrás de una columna, y nada; pero se termina el acto religioso, sale á la calle, y yo detrás, á honesta distancia, sin ser visto. En esto, un caballero se la aproxima, la saluda afectuosamente, veo que mi mujer se ríe, no me puedo contener, me precipito sobre él, descargándole un palo; el individuo me contesta con otro, nos apaleamos ambos de lo lindo, y después de aclararlo todo, resulta que mi hombre en cuestión era el Doctor que viene á visitarme hace unos días. Enseguida me dije: «Acabo de hacer una barbaridad; ¿qué culpa tiene el pobre, de mis malditos celos que me ciegan y acabarán por volverme loco?»

ENRIQU. (Foro). Cómo pasea usted. Don Orlando.

D. ORLA. Ustedes tienen la culpa.

ENRIQU. No le entiendo, como no se explique más claro.

D. ORLA. Quiero decir, por mi esposa que es insoportable; al fin como mujer.

ENRIQU. Pobrecilla; no es tan mala.

D. ORLA. ¿Va usted á defenderla?

ENRIQU. Advierto á usted que como no se modere, no le hablaré más.

D. ORLA. Dispénseme ustedes, que los celos me comen, me corroen.

ENRIQU. Diga usted que está apolillado y necesita que le de el aire; pero mucho aire.

D. ORLA. Lo que yo necesito es una mujer que no salga del cuarto; que si quiere ver

gente, se asome al balcón de un tercer piso y mire por detrás de las persianas: que no hable con ningún hombre, y...

ENRIQU. No siga usted; porque no dice más que tonterías.

D. ORLA. ¿Tonterías?

ENRIQU. Sí, señor; si fuese mi marido, se le caería á usted la baba. Y había de salir, y de hablar con quien quisiera, y hasta me buscaría pareja para bailar.

D. ORLA. Eso no; no bailaría usted, se lo juro.

ENRIQU. Más que un peón.

D. ORLA. Señora...

ENRIQU. Don Orlando, yo no me asusto como la mártir de su esposa, que tiene que aguantarle; felizmente soy independiente.

D. ORLA. Bueno; no tengo que discutir con usted..

ENRIQU. Ni yo quiero trato con fieras.

D. ORLA. Enriqueta, que yo no me como á nadie.

ENRIQU. Qué más quisiera usted.

D. ORLA. (Muy meloso). Lleva usted razón; dichoso el que pudiera comérsela.

ENRIQU. Ja... ja... ¿á mí? ja... ja...

D. ORLA. A usted, pedacito de cielo.

ENRIQU. Que fino se ha vuelto usted.

D. ORLA. Aún estaría más agradable, si usted...

ENRIQU. ¡Qué atrocidad! ya se olvida usted de su mujer.

D. ORLA. Si yo hubiera dado con una de sus condiciones, sería el hombre más feliz del universo.

ENRIQU. Quién sabe.

D. ORLA. De fijo que sí.

ENRIQU. Puede; pero ¿qué sabemos lo que sería usted?

D. ORLA. Tiene razón; qué sabemos.

D. LEAN. (Aparece foro y se dirige á Enriqueta). ¡Oh, qué dicha! ¿Usted por aquí?...

ENRIQU. Sí, señor.

D. ORLA. (Aparte). ¡Qué hombre más inoportuno! ¿Y que le trae por este sitio?

D. LEAN. Lo mismo que á usted; me paseo por el Hotel.

ENRIQU. (Sentándose en el sofá). Amigo don Leandro, siéntese aquí; á mi lado.

D. ORLA. Me voy; porque sinó, le pego á este vejete. (Aparte).

D. LEAN. (Sentándose al lado de Enriqueta). Hermosísima extremeña ¿qué me cuenta usted de nuevo?

ENRIQU. Nada.

D. ORLA. (Desde el foro). Señores, hasta después.

D. LEAN. (Volviendo la cara para mirarle con intención). Vaya usted...

D. ORLA. Con Dios.

D. LEAN. Justamente, con Dios (Mutis D. Orlando foro).

ENRIQU. ¿Ha visto usted que hombre más atroz?

D. LEAN. Créame usted; es que no tiene formas.

ENRIQU. No. No es eso; es su carácter; su educación.

D. LEAN. Lo que le falta es...

ENRIQU. No discutamos lo que le falta á ese caballero; no me importa.

D. LEAN. Es verdad; allá se las apañe.

ENRIQU. Usted siempre tan pollo.

D. LEAN. Por lo que usted más quiera dirá tan gallo.

ENRIQU. ¿Comque usted confiesa que ya tiene espolones?

D. LEAN. Y tan grandes: pero un corazón, que es un Vesubio.

ENRIQU. ¿Apagado?

D. LEAN. En erupción.

ENRIQU. Apártese usted, no vaya á quemarme.
(Riéndose á carcajadas).

D. LEAN. Señora, no se burle.

ENRIQU. Nunca me atrevería yo á semejante cosa.

ESCENA VI.

Dichos, más **Narciso**.

NARCISO. (Aparece foro de rigurosa etiquera, con una flor en el ojal).

Perfectamente, me alegro tener el placer de encontrar á ustedes. Esta sala de conversación, debía llamarse sala del silencio, jamás hay con quien hablar.

ENRIQU. Narciso, usted siempre tan elegante.

NARCISO. (Mirándose el traje). Señora procuro...

D. LEAN. (Mirándole la flor con insistencia). Se ha puesto una flor. (Aparte).

ENRIQU. Usted está en la edad de las ilusiones.

NARCISO. Cualquiera diría que no es usted joven y bellísima.

D. LEAN. (Mirando con disgusto á Narciso). Una flor. (Aparte).

ENRIQU. Mil gracias.

NARCISO. Eso es lo que usted tiene de sobra, muchísima gracia, y muchísimos encantos.

D. LEAN. (Levantándose y separándose un poco de ellos). Voy corriendo á ponerme una flor, porque si no, he trabajado para este mequetrefe. (Aparte).

ENRIQU. ¿Qué le pasa á usted, don Leandro?

D. LEAN. Nada; ustedes me dispensarán un momento.

NARCISO. ¿Nos abandona usted?

D. LEAN. De ningún modo; es que he dejado olvidadas unas llaves.

ENRIQU. No tarde usted.

D. LEAN. Vuelvo. (Aparte). Con mi flor. (Mutis primera izquierda).

NARCISO. ¿Es posible que siempre esté usted tan seria con quien tantísimo la ama?

ENRIQU. Esas frases las tiene usted para todas.

NARCISO. No, señora; las guardo solamente para usted. Cuando contemplo ese rostro uacaradísimo, con esos labios acoralados, y esa dentadura blanquísima, con esos cabellos finísimos...

ENRIQU. Ja... ja...; pero, por Dios, Narcisito, no sea usted tan terrible; no apure tanto los ísimos.

NARCISO. Lo que estoy es enamoradísimo de esos ojos, que despiden rayos.

ENRIQU. Créame, amigo; lo que está usted hoy, es muy cursi.

NARCISO. (Fuera de sí). Todo, todo se lo permito á usted, menos llamarme cursi.

ENRIQU. Si, lo está usted.

NARCISO. (Enfáticamente). Más vale que sea usted franca y me confiese que, encontrándose por mis galanterías á, punto de rendirse y caer en mis brazos, ha hecho el último esfuero para defenderse.

ENRIQU. (Levantándose indignada). Lo que usted es un botarate, un estúpido... y basta. (Mutis).

NARCISO. (Mirando al foro alternativamente). ¿Con qué un botarate y un estúpido? Está bien. Tú me buscarás y yo te despreciaré.

ESCENA VII

El mismo y la **Marquesa**, luego **D. Leandro**
y **Enriqueta**

MARQUE. (Aparece, deteniéndose en el foro, mirando á Narciso con arrobamiento). Hélo aquí, y con la flor en el ojal; se ha enamorado de mí.

NARCISO. ¡Encantadora Marquesa!...

MARQUE. ¡Querido amigo! (Sentándose sofá).

NARCISO. ¿Usted me permite sentarme á su lado?

MARQUE. (Aparte). Cómo me mira. ¡Con muchísimo gusto!

NARCISO. (Sentándose). Marquesa; tiempo há que deseaba decir á usted...

MARQUE. No siga; lo sé. Su carta me lo dice todo. Amor y misterio.

NARCISO. (Aparte). ¿Mi carta?

MARQUE. No disimule usted, joven.

D. LEAN. (Aparece primera puerta izquierda con una enorme flor en el ojal, y llevándose la mano á la solapa, mira de reojo á Narciso, como desafiándole). Ya estamos iguales, lucharemos. (Aparte). Más pronto no se puede volver.

NARCISO. Es verdad que no ha tardado usted.

D. LEAN. ¿Usted por aquí, Marquesa?

MARQUE. Sí, señor. ¿Va usted esta noche al teatro?

D. LEAN. No, señora; no pienso salir.

NARCISO. Pues yo no faltaré.

MARQUE. (Al oído de Narciso). Si yo se lo permito.

NARCISO. (Aparte). ¿Pero qué dice esta señora?

D. LEAN. Marquesa, ¿usted sale, ó nos honra con su compañía la velada?

MARQUE. (Mirando á Narciso, como interrogándole). No sé... no lo he decidido.

ENRIQU. (Aparece foro). ¡Querida amiga!

MARQUE. ¡Enriquetita!

ENRIQU. ¿De qué hablaban ustedes?

MARQUE. Del teatro.

NARCISO. (Levantándose y ofreciendo su sitio á Enriqueta). Hágame el favor de sentarse.

ENRIQU. (Al sentarse dice al oído de Narciso y en voz baja). Es usted un atrevido; he recibido su carta.

NARCISO. (Aparte). ¿Pero qué dice?

D. LEAN. Si ustedes no salieran, podríamos pasar la noche muy agradablemente.

MARQUE. ¿Usted se queda, Narcisito?

NARCISO. No, señora.

MARQUE. Quiere decirme que vaya. (Aparte). Yo voy decididamente al teatro.

D. LEAN. ¿Y usted, Enriqueta?

ENRIQU. Me quedo.

D. LEAN. (Aparte). Ésta es mía.

ENRIQU. La obra que hacen esta noche la he visto varias veces, y con el tiempo tan lluvioso, prefiero no salir.

D. LEAN. (Aparte). ¡Oh, dicha!

NARCISO. Yo iría, siendo usted...

ENRIQU. Caballero, hago lo que me parece.

NARCISO. (Aparte). ¡Qué grosera!

D. LEAN. Hace usted bien; el tiempo no está para salir.

ENRIQU. Entonces, usted me acompañará.

D. LEAN. Con muchísimo gusto. (Aparte). ¡La fleché!

NARCISO. Señoras, á los pies de ustedes.

MARQUE. Narcisito; puesto que se marcha, acompañeme usted hasta mi habitación.

(Se levanta).

NARCISO. Con mucho gusto, ofrezco á usted mi brazo.

MARQUE. (Cogiéndose con mucha coqueteria de su brazo). Hasta luego. (Aparte). ¡Ay, qué chico tan atento!

NARCISO. (Aparte). ¡Ay, qué vieja tan cargante!
(Mutis los dos foro).

D. LEAN. (Sentándose al lado de Enriqueta). Me carga ese Narcisito.

ENRIQU. Y eso que no sabe lo atrevido que es.

D. LEAN. ¿Conque también se permite atrevimientos?

ENRIQU. A usted, que es una persona seria, por su edad, le voy á contar reservadamente el que se ha permitido conmigo ese muñeco.

D. LEAN. La escucho impaciente.

ENRIQU. Después de haberme dicho mil frases pedantescas, dándome á entender su pasión...

D. LEAN. ¡Qué atrevimiento!

ENRIQU. Sí, señor; pero lo altamente escandaloso es, que subo á mi cuarto y me encuentro una cartita que me había deslizado por debajo de la puerta.

D. LEAN. (Aparte). Esto se complica.

ENRIQU. Escuche usted. (Sacando una carta del bolsillo).

D. LEAN. (Aparte). Disimulemos.

ENRIQU. (Leyendo). «Señora: no es mía la culpa de que usted me haya inspirado una pasión terrible; la amo, la adoro, la idolatro con frenesí, y no sigo, porque no existen palabras con que poder describir los tormentos de mi alma. Para que usted me conozca llevaré una flor en el ojal de la levita. Para entendernos, podemos hacerlo con dos palabras, que serán: amor y misterio». Y firma un enamorado. Debía firmar un estúpido.

D. LEAN. Gracias.

ENRIQU. ¿Qué?

D. LEAN. Nada; que me hace mucha gracia.

ENRIQU. Pues á mí, ninguna.

D. LEAN. (Insinuándose con la flor). ¿Y si esa carta no fuera de ese joven?

ENRIQU. No lo dude usted, es de él; nadie más que ese necio, se atrevería á una libertad semejante.

D. LEAN. Me he lucido. (Aparte). El que la ha escrito á usted es porque está muy enamorado.

ENRIQU. Lo que no tiene es educación.

D. LEAN. (Aparte). Malo, malo.

ESCENA VIII

Los mismos, más **D. Rosendo** por el foro

D. ROS. (Aparece con dos cartas en la mano y asustado). ¡Qué atrocidad! ¡Vengo con un disgusto de primera!

D. LEAN. ¿Qué le pasa á usted?

D. ROS. ¡Lo más inconcebible del mundo!

ENRIQU. ¡Me está usted asustando!

D. LEAN. Cálmese y hable.

D. ROS. Estaba tranquilo, como ustedes saben que es mi costumbre; porque ni en los tiempos de mi opulencia...

D. LEAN. Al grano, al grano.

D. ROS. No me interrumpa usted; he dicho que desde los tiempos de mi pasado esplendor, siempre he sido un hombre de orden. Pero hoy, confieso á ustedes ingenuamente que estoy fuera de mí.

ENRIQU. ¿Qué pasa?

D. ROS. Estaba sentado en el libro de apuntes..

digo, sentando varias partidas importantes. Tri... qui..., tri... qui..., tri... qui... trin; el criado del segundo piso que me llamaba por el timbre. Cojo el tubo acústico, y oigo que me dice: «La Señora del trece, que suba usted inmediatamente.» Me levanto incomodado de que se me interrumpa, y al subir me la encuentro con la del diez y nueve, que bajaban en mi busca. La una me coge, la otra me deja; hablan á un tiempo, cada una con un papel en la mano, y yo sin comprender nada. Por fin pude enterarme. ¡Qué atrevimiento!

D. LEAN. ¿Pero qué sucede?

D. ROS. Una cosa verdaderamente inexplicable; á las dos señoras les han echado, por debajo de la puerta, dos cartas iguales, declarándoles su amor una persona que, sin duda, para en el Hotel.

ENRIQU. Y á mí otra.

D. ROS. ¡Señora! ¿A usted también?

D. LEAN. (Aparte). ¡Ay Dios mío!

D. ROS. Esto es una burla que yo sabré castigar como se merece. Ese hombre pretendía divertirse, con las señoras de la casa ¡Qué barbaridad!

D. LEAN. Debe ser cosa de algún bromista. (Aparte). Disimulemos.

D. ROS. De algún sinvergüenza; no disculpe usted, actos semejantes; faltar así al respecto á las señoras.

ENRIQU. Yo me figuro quien ha sido.

D. ROS. Haga usted el favor de decírmelo.

ENRIQU. Ya hablaremos reservadamente.

D. LEAN. Como sepan que he sido yo, me mechan.
Nadie me ha visto. (Aparte).

D. ROS. Siempre he sido un hombre serio; tanto hoy, como secretario de este hotel, como en felices tiempos en que la fortuna me rodeaba.

ENRIQU. Vamos y contaré á usted quien creo yo que ha sido.

D. LEAN. Verdaderamente, es una monstruosidad.
(Aparte). Haber si se carga otro el mochuelo.

D. ROS. Señora, hágame usted el favor de su carta.

ENRIQU. Tóme usted. (Se la da).

D. ROS. (Leyendo para si). Esto es asombroso; todas son iguales; debe ser cosa de algún comerciante retirado.

D. LEAN. ¿Por qué? (Dándose por aludido).

D. ROS. Porque estas cartas, deben llamarse circular amorosa; todas son iguales.

ENRIQU. Bien; vamos y hablaremos.

D. ROS. Señora estoy á sus órdenes.

(Don Rosendo y Enriqueta salen y se quedan al paño).

D. LEAN. ¡Quien había de pensar! ¿Y qué digo? ¿y qué hago? Me resuelvo; nadie conoce mi letra; nadie me ha visto; estoy bien seguro; chillaré más que todos, dire que esto... y que lo otro... Decidido: tengo que evitarme el ridículo y los disgustos. Que paguen justos por pescadores, es decir por pecadores; no sé ni lo que me digo. Alguien se acerca; serenidad.

ESCENA IX

El mismo más la **Marquesa**,
después **Enriqueta** y Don **Rosendo**, que
continúan en el foro desde antes y ocultos

MARQUE. (Haciéndose aire con el abanico, y desesperada).

¡Qué monstruosidad!

D. LEAN. Señora; ¿está usted mala?

MARQUE. (Dándole el abanico). Tome ese abanico.

D. LEAN. (Cogiéndole) ¿Qué desea usted marquesa?

MARQUE. Hágame usted aire; pero mucho aire.

(Don Leandro, la abanica paseando detras de ella por
la escena).

D. LEAN. Con mucho gusto.

MARQUE. Más fuerte, ¡qué me ahogo!

D. LEAN. Más fuerte, es imposible.

MARQUE. ¡Quien había de pensar!

D. LEAN. ¿Pero qué la pasa á usted?

MARQUE. Una burla sangrienta, á mí; á la descendiente de los Barcias del Ala Caida.

D. LEAN. Tranquilícese, marquesa.

MARQUE. Juro á usted, don Leandro, que lo mismo que mi antepasado Rabel dejó tuerto, de un bofetón, á un enemigo suyo, lo mismo, pero lo mismo. (Amenazando á don Leandro con los puños cerrados; este retrocede). ¡Le voy á arrancar un ojo á ese Narciso! para que se recreé en lo que sabe hacer una señorita de mi rango, cuando se vé burlada.

D. LEAN. Tenga usted calma.

MARQUE. ¿Calma yó? usted es un hombre de horchata.

D. LEAN. Señora, me parece que en nada la he faltado.

MARQUE. Tiene usted razón ¿Estará enterado de la hazaña de ese mico?

D. LEAN. ¿Qué mico?

MARQUE. Narcisito, escribiendo cartitas.

D. LEAN. ¿A usted también?

MARQUE. También; y me lo ha negado el traidor ¡el impio! ¡el seductor!

D. LEAN. (Aparte). Hay lo que he hecho; pobre joven lo escabechan.

MARQUE. ¿Usted ha visto que locura la de esa criatura? jugar con el corazón de una inocente mujer de mi clase. ¡Yo me siento mala!

D. LEAN. Llamaré.

MARQUE. (Dejándose caer en el sofá). No puedo, ¡no puedo más! (Se desmaya).

D. LEAN. Esto no lo podía haber sonado, ni el mismísimo demonio. Doña Enriqueta; (don Rosendo. Llamando desde el foro).

ESCENA X

Los mismos más **Enriqueta** y Don **Rosendó**
entrando precipitadamente

D. ROS. ¿Qué ocurre?

D. LEAN. La marquesa que se ha indispuerto (Enriqueta se acerca á la Marquesa y la coge una mano).

ENRIQU. ¡Amiga mía! ¿Qué siente usted, marquesa?

D. ROS. ¡Qué contrariedad! llamaremos al doctor.

ENRIQU. Espere un momento; parece que se le pasa.

MARQUE. ¿Dó me encuentro?

ENRIQU. Entre nosotros.

MARQUE. (Incorporándose). ¿Quien sois?

D. ROS. ¿No nos conoce usted?

MARQUE. ¡Ah! ya se me pasa; un desvanecimiento; creí morir.

D. LEAN. ¡Por Dios señora! no hay que apurarse tanto.

MARQUE. Ya me encuentro mejor; ha sido mucho disgusto (Estremeciéndose). ¡Ah! ¡ah! que nerviosa estoy.

D. LEAN. (Aparte). Yo sí que estoy nervioso.

ENRIQU. Marquesa, paseé usted; asómese al balcón; el aire es muy bueno.

D. ROS. Hay que no darle tanta importancia á la cosa; ya se aclarará todo, y el que haya sido, corre de mi cuenta. Yo sé, desde niño, que me crié en pañales de rica batista, el respeto que se debe á las señoras; y yo, que ostento la representación de esta casa, por contrariedades de fortuna, que no es el momento oportuno de contar á ustedes, les prometo que sabré castigar al culpable.

ENRIQU. Bueno.

MARQUE. Señores, la suerte de ese joven, es que no pueden resucitar mis antepasados, ¡Ay de él si Panza Enjuta y Ramon Tímble que viviesen! Aquellos dos señores que solos, hicieron la conquista de Villa Bruta y Fuerza al Canto.

D. LEAN. (Aparte). Buen tío.

D. ROS. Tranquilicense ustedes.

D. LEAN. (Aparte). Cualquiera está tranquilo.

ESCENA XI

Los mismos más don **Orlando**, aparece foro, estrujando una carta entre sus manos, muy furioso

D. ORLA. Me alegro encontrarles aquí.

D. ROS. ¿Qué le ocurre caballero?

D. ORLA. Una friolera; entro en mi cuarto sigilosamente, sin hacer ruido, como es mi costumbre, y sorprendo á mi mujer leyendo esta carta, que al verme procura esconder. La supliqué que me la entregara; veo que se aturulla, la doy tres bofetadas y una caricia en un ojo, cayendo al suelo sin sentido. Le arrebató este papelito, lo leo, salgo del cuarto, tropiezo con la criada, á la que dije: «entre usted, por si se le ocurre algo á la señora»; bajo los escalones de tres en tres, y héteme aquí dispuesto (Marquesa y Enriqueta estarán á la derecha de D. Orlando, y D. Rosendo y D. Leandro á su izquierda. Don Orlando saca del bolsillo del pantalón una pistola, y vuelto de espaldas á D. Leandro). á darle un tiro al primero que vea con una flor en el ojal de la levita.

D. LEAN. ¡Ah! (Al oír á D. Orlando se lleva rápidamente la mano á la solapa de la levita, simulando tragarse la flor).

D. ROS. Caballero; aquí no hay que dar tiros.

D. ORLA. ¿Cómo que no? ¿Quién se opone?

D. ROS. Yo; estas señoras que están presentes han recibido una carta igual á esa.

D. ORLA. ¿Y á mí qué me importan estas señoras!

MARQUE. ¡Groserísimo!

D. ROS. Haga usted el favor de no faltar y ser más correcto.

D. ORLA. Yo no quiero, ni me da la gana de tratar con cortesía en estos momentos.

ENRIQUE. Está fuera de sí.

D. ORLA. (A Enriqueta). ¿Y á usted qué le importa?

D. LEAN. (Tartamudeando). Pero, don Orlando, jamás he visto á usted así.

D. ORLA. Naturalmente; hasta hoy no he tenido

más que sospechas; hoy tengo aquí...
(Dándose un golpe en la frente con la mano en que estruja la carta). la prueba de que mi mujer me es infiel.

ENRIQU. ¿Pero qué culpa tiene su señora de haber recibido una carta como nosotras?

D. ORLA. La mujer que recibe cartas amorosas es porque ha dado pie para ello.

MARQUE. No señor; usted no sabe lo que se dice.

D. ROS. Está usted muy inconveniente.

D. ORLA. Como vuelva usted á hablarme, le desafío.

D. ROS. No me asusto; me he batido varias veces cuando frecuentaba la alta sociedad en que vivía, y sírvale de gobierno, que aquí, no permito escándalos.

D. ORLA. Como se me acabe la paciencia le doy á usted un pistoletazo.

D. LEAN. (Aparte). Y se lo dá.

D. ROS. Caballero; yo soy aquí el único que puede alzar el gallo, y le digo que puede usted tomar las medidas que quiera, sin faltar á nadie.

MARQUE. (Á D. Rosendo). No se comprometa usted; ese señor está loco.

D. ORLA. Bien; del hotel no salgo. Voy á mi cuarto a ver á esa señora que lleva mi apellido; á doña Casta, ¡y que poco lo és! Enseguida bajo, y que conste que no dejo esto así; aquí hace falta un muerto y lo habra. (Mutis foro).

D. LEAN. (Aparte). Y ese seré yo.

ENRIQU. Pero que ordinario y que ¡alabrotas!

D. ROS. Esta noche estará mudado; lo que es aquí, no duerme; pueden estar tranquilos.

D. LEAN. (Aparte). Cualquiera está tranquilo.

ENRIQU. ¡Cuidado con los disgustos que estamos pasando!

D. ROS. Todo se arreglará, y aseguro á ustedes que don Orlando me va cargando más que el autor de las cartas.

D. LEAN. (Aparte). Me alegro.

MARQUE. A ese Fierabrás le hubiese yo echado á uno de mis antepasados. Al de menos hazañas; á Rolando el Vengativo, y le hubiera puesto más suave que una piel de cabritilla.

D. ROS. Con sus celos tiene bastante.

ENRIQU. ¡Pobre hombre!

ESCENA XII

Los mismos, más **Narciso**, después **D. Orlando**

NARCISO. (Aparece foro con mucha naturalidad). ¿Qué sucede, señores? ¿Qué pasa? ¿Qué voces son esas?

MARQUE. (Al ser mirada por Narciso). ¡Traidor, mal caballero, consentidor de doncellas!

ENRIQU. (Al ver que Narciso la mira). ¡Atrevidísimo!

D. ROS. Señor don Narciso; usted hará el favor de acompañarme á Secretaría.

NARCISO. ¿Para qué?

D. ROS. Tenemos que arreglar una cuenta.

NARCISO. Yo le tengo á usted pagadas las mías; no tengo que arreglar nada.

MARQUE. ¡Descarado, después de lo que ha hecho!

D. ROS. He dicho á usted que tenemos que hablar.

NARCISO. ¿Pero, señor mío, de qué?

D. ROS. De una circular, pues así debe llamársela, que todo el mundo ha recibido hoy en esta casa.

NARCISO. ¿Y á mí qué? Yo también la he recibido.
(Don Leandro le mira sorprendido).

D. ROS. ¿Qué está usted diciendo? ¡Qué cinismo!

NARCISO. (Sacando una circular que le entrega). Véala usted, se la puede quedar.

D. ROS. (Leyéndola). ¡Pero qué es esto! Lo que voy es á faltarle á usted, prescindiendo de toda clase de consideraciones. Esta circular es de un sastre, ofreciendo el surtido de invierno.

NARCISO. Naturalmente; uno de los camareros me la ha subido á mi habitación. Me dice usted que todos han recibido una circular, y yo le enseño la que me han mandado.

D. ROS. Le faltaré á usted, por su burla, que yo no tolero.

NARCISO. ¿A mí? Ya se guardará usted, aunque no sea más que por la diferencia social.

D. ROS. Oiga usted; aun cuando me ve hoy aquí de Secretario, he apaleado los millones en otros tiempos.

NARCISO. Por eso se le fueron á usted, por tratarlos tan mal.

MARQUE. Sarcástico. Pernicioso.

ENRIQUE. Se merece una paliza. ¡Cómo finge!

NARCISO. ¿Qué es esto, don Leandro? Descifreme usted este enredo.

D. LEAN. (Tartamudeando). Yo... no... puedo decir nada.

(Aparte). Como que no puedo hablar.

D. ROS. Acompañeme usted; yo se lo explicaré.

NARCISO. Seguidamente; concluyamos de saber qué es esto.

MARQUE. ¡Cómo disimula! así nos engañan á las inocentes mujeres. (Narciso y don Rosendo se dirigen al foro, por el que aparece don Orlando pisto! a en mano, interceptándoles el paso).

D. ORLA. Ya estoy aquí.

D. ROS. Hágame el favor de dejarnos pasar; tengo que hablar con este caballero.

(Don Orlando, fijándose en la flor de Narciso le apunta con la pistola y éste retrocede asustado al proscenio).

D. ORLA. ¡Ah! hételo aquí con la flor puestecita

Moriras. (Continúa apuntando á Narciso que se resguarda y huye: don Orlando, le sigue: hablan todos asustados; don Rosendo corre detrás de don Orlando á quitarle la pistola. Todo lo que sigue hasta el disparo con suma rapidez).

NARCISO. ¿Qué agresión es esta? ¡Dios mio!

D. ROS. Déme usted esa pistola.

D. ORLA. Volviendo la cara hacia don Rosendo). ¡Cómo se acerque le mato!

D. LEAN. (Aparte). Me pondré delante de Narciso; es un cargo de conciencia para mí. (Eje-
tándolo).

Don Orlando dispara cayendo al suelo don Leandro y el primero hace mutis loro).

ENRIQU. ¡Auxilio! ¡auxilio!

D. ROS. (Dirigiéndose hacia don Leandro). ¡Dios mio un crimen!

NARCISO. ¡De buena me he librado! (Aparte. Dirigiéndose temblando á socorrer á don Leandro).

Entre don Rosendo y Narciso levantan á don Leandro, que sientan en una butaca reconociéndole. Salen varios huéspedes y camareros del hotel, todos con precipitación y asustados.

HUESPE. ¡Qué pasa!

CAMARE. ¡Qué ocurre!

D. ROS. Nada, nada; felizmente no le ha dado.

MARQUE. ¡Qué don Orlando tan valiente!

ENRIQU. (Aproximándose á don Leandro). ¿Don Leandro?

D. LEAN. (Con dificultad). Estoy muerto.

D. ROS. Por fortuna no le 'ha dado á usted.

D. LEAN. ¿Está usted seguro que no me ha dado?

NARCISO. Ha sido milagroso.

D. LEAN. (Llamando con las manos á todos). Escuchen ustedes; quiero decirles una cosa.

D. ROS. No se fatigue; ya nos lo dirá cuando esté más tranquilo.

D. LEAN. Ahora, ahora; por si me muero del susto.

ENRIQU. Dejémosle hablar.

NARCISO. Diga usted.

D. LEAN. Todos. (Haciendo señas para que se acerquen .

ENRIQU. Marquesa, acérquese.

MARQUE. (Lo hace contrariada). Ya estoy aquí.

D. LEAN. Señores; (Pausa; fatigado). á nadie hay que culpar en el asunto de las cartas. Yo les pido perdón, (Señalando á Narciso). y particularmente á este joven, que no sabía nada.

D. ROS. ¿Pero don Leandro, habla usted en serio?

D. LEAN. Y tan en serio; ya he pagado con un buen susto mi última locuro de viejo verde.

NARCISO. Caballero; cuando esté usted bueno, le mandaré mis padrinos.

D. LEAN. (Haciendo contorsiones y gestos en la butaca, cual si esbiera dolorido). No; los enterradores, porque yo me muero.

ENRIQU. Narciso; usted perdona á este caballero, y no hablemos más.

D. ROS. (Despreciativamente). Demasiada desgracia tiene.

ENRIQU. ¿Y usted también le perdona, Marquesa?

MARQUE. Le desprecio. ¡Ay! ha sido el causante de que se marchite en flor mi primer amor.

D. LEAN. ¡Perdón!

TODOS. Perdonado.

ENRIQU. ¿Lo oye usted? Todos le perdonamos.

D. LEAN. Gracias. Todavía me falta uno.

MARQUE. Será don Orlando, el único que ha estado á la altura de mis antepasados.

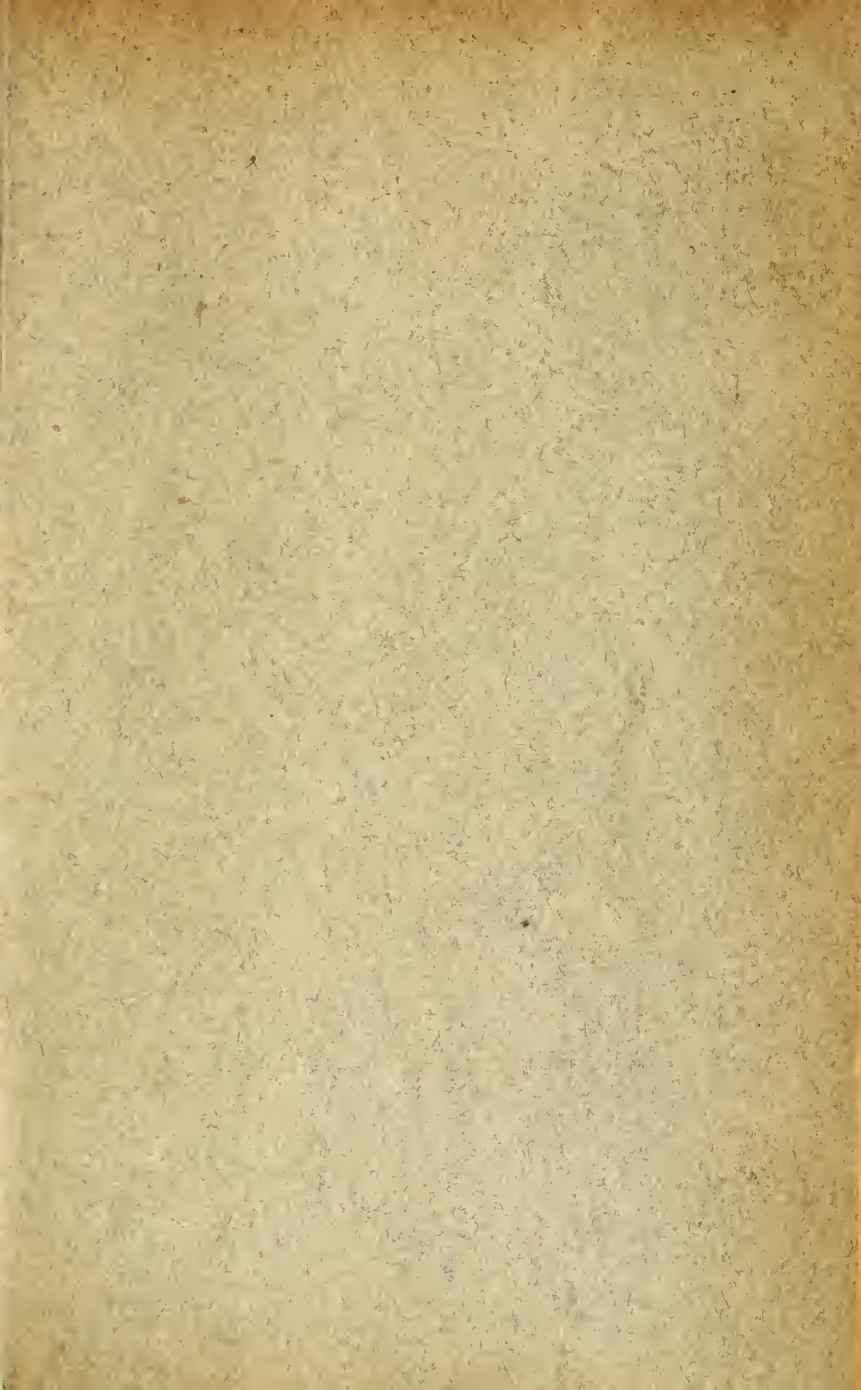
D. LEAN. No; ese. (Señalando al público con miedo).

ENRIQU. ¡Ah, ya lo comprendo!. (Dirigiéndose al público).

Nosotros le perdonamos.

¿Y ustedes? No se qué harán;
de su bondad esperamos
que su aplauso le darán.
y de tijo le salvamos.

TELÓN RAPIDO



OBRAS DEL MISMO AUTOR

LAUREL O TABACO